

MONITOR DEL COMERCIO

PERIÓDICO SEMANAL DE ANUNCIOS Y NOTICIAS MERCANTILES Y LITERARIAS.

Lo publica el Establecimiento de D. Francisco de P. Mellado.—Calle de Sta. Teresa, núm. 8.—Madrid.

PRECIO DE SUSCRICION: 8 rs. por trimestre en Madrid y 10 en provincia.—PRECIO DE LOS ANUNCIOS: 50 céntimos por línea de cuarenta letras.
—SE SUSCRIBE y se reciben los anuncios, en Madrid en el despacho del Establecimiento y en las librerías de Durán, Baylli-Bailliere, Cuesta, Moya y Plaza, Sanchez, Viana, Villaverde, Lopez, Guijarro, Hernando, de la Publicidad y Americana. En provincia por conducto de los corresponsales ó enviando el importe en letra ó sellos de franqueo.

LA FLOR DE LAS RUINAS, (1)

RELACION DE UN SUCEDIDO,

POR FERNAN CABALLERO.

CAPITULO I.

A principios de este siglo, y antes de la invasión de los franceses en la península Ibérica, se había reunido una numerosa sociedad en una de las casas de campo, que circundan á Lisboa como macetas de flores.

Entonces la política estaba circunscrita al Gobierno. ¡Ojala sucediese hoy lo mismo! Así podríamos decirle con el descanso que exclamaba un marido al contemplar el panteón de su mujer.

Ci git ma femme.... ¡Ah! qu' elle est bien Pour son repos, et pour le mien! (2).

De esto resultaba que en las sociedades no disputaban, sino que se divertían los concurrentes. No tomaban los hombres para darse importancia y talante de hombres públicos, esos afectados aires de madurez—harto desmentidos en la vida privada;—ni se anticipaba una agria y criticadora vejez. Por el contrario, se prolongaba, alguna vez con exceso, una alegre y móvil juventud; lo que, á lo menos, no hacia á los hombres antipáticos, hipócritas y arrogantes, ni peor al Gobierno.

Las mujeres, sin tener pretensiones algunas al espíritu de independencia que les quieren inocular las ideas avanzadas, no aspiraban á ser *libres*; pero eran de hecho soberanas: lo que engendraba el buen gusto y finura de aquella sociedad. La influencia de la mujer es la mas selecta cultura que recibe el hombre.

La señora de la casa en que se hallaba reunida la sociedad que hemos mencionado, estaba sentada á la mesa, cubierta esta de un opiparo refresco. A pesar de que había pasado su primera juventud, era aun muy bella; y aunque con su acostumbrado buen trato se ocupaba sin cesar de las personas que tenía á su lado, sus negros y hermosos ojos no se apartaban de un joven elegante y bien parecido, que estaba sentado á los pies de la mesa. Uno de sus vecinos, que era íntimo amigo de la casa, lo notó y se sonrió: entonces ella le dijo en queda y conmovida voz:

—¿No es cierto que es muy hermoso?

—Como que es vuestro vivo retrato, contestó su amigo.

—No, no, repuso la señora; yo soy pequeña, y él tiene la persona de su Padre.

—Verdad es, contestó su vecino, que tiene la aventajada estatura de su Padre; lo que no obsta á que tenga las perfectas facciones de su Madre.

Este hijo acababa de llegar de Inglaterra, en donde su Padre, que era Cónsul extranjero había dispuesto que se educase; y en regocijo de su regreso se daba la presente fiesta.

Hablábase la concurrencia levantado de la mesa, y formaba ahora diferentes grupos; unos cerca del piano, otros al lado de las mesas de juego, y otros en el terrado ante la casa, para gozar del fresco y de la hermosa vista que desde allí se extendía en prolongada lontananza, más bella aun á la mágica luz de la luna, que reflejada en el mar, le daba un brillante horizonte de plata.

La dueña de la casa se sentó al lado de la abierta puerta del jardín, y á poco el recién llegado vino á sentarse á su lado.

—¿Qué hermoso es esto, Madre mia! exclamó con entusiasmo.

—Con que..... ¿no has olvidado del todo á tu pa-

(1) Obras completas de FERNAN CABALLERO.—Relaciones.—Véase el anuncio en la última plana de este número.

(2) Aquí yace mi mujer. Ella descansa y yo también.

tria en los diez años que has estado ausente, hijo mio?

—¡Oh! no; contestó el joven. Pero las imágenes que conservaba mi memoria, eran las que vi en mi niñez con mis ojos de niño; y que son por consiguiente completamente distintas de las que percibo ahora.

—¿Y cuáles te agradan más?

—Me sería difícil decirlo, señora. Lo que si puedo aseguráros, es que lo que ahora veo tiene la ventaja de una sorpresa admirativa, sin haber perdido el indefinible encanto que el recuerdo le presta. Así es que gozan á un tiempo mis ojos y mi corazón.

—¿Te parece, pues, bella, aun viniendo de Londres, nuestra Lisboa? preguntó con patrio orgullo la hermosa portuguesa.

—Bellísima madre. ¿Cómo no me lo había de parecer la hermosa ciudad, cuyos pies besan el Tajo con sus dulces labios y el Océano con sus saladas olas, y que retirándose de ambos, como altiva doncella, se refugia á las faldas de su Madre, que la corona de mirros, azahares y jazmines como á una Ninfa?

—¿La amas, pues, más que á la soberbia Inglaterra? preguntó con gozo su Madre.

—Si por cierto. Inglaterra es grande y bella; pero lo es como una estatua de mármol. Tiene el porte digno y frío de una Princesa; y no inspira amor y simpatía. Así es que todo inglés que puede hacerlo, vive la mitad de su vida ausente de su patria; y nosotros no nos hallamos sino en ella. Y es que ellos aman á su país por reflexión, y nosotros al nuestro por sentimiento. Que hayan los ingleses formado á su país, ó que su país los forme á ellos, de ambas maneras preside á esta obra de cabeza la frialdad. Así es que en aquel país se piensa mas, y en el nuestro se siente más; el inglés ADMIRA á su país, nosotros AMAMOS al nuestro.

—¡Muy cierto! exclamó su Madre. Tu Padre me llevó recién casada á Inglaterra. Todo lo hallé muy hermoso en aquel país de las perfecciones materiales. Pero, hijo mio, añadió poniendo su mano sobre su corazón, éste rincón que tenemos aquí no lo hay allí! (1).

CAPITULO II.

Tenía Pedro, que así se llamaba el recién llegado, una naturaleza esencial y profundamente poética. No porque tuviese una imaginación vasta y creadora, sino porque tenía un manantial perenne de poesía en su corazón. Por lo cual, si bien no expresaba un pensamiento bello engarzado en buenos versos, lo impregnaba todo de ese maná poético bajado del cielo sobre esta árida vida, sin que por eso prestase una disposición ó viso *romanesco* á las cosas; pues para él era lo poético lo sencillo y lo cotidiano, pero no lo extravagante. Su ideal era restricto, y alumbraba con su divina luz interna cada objeto, aunque pequeño, siempre que fuese por naturaleza bueno, inocente y sincero. Apartábase instintivamente de los volcanes y sus ardientes lavas las pasiones; de los fuegos fatuos, de las falsas brillantes ideas, del ruido y de la pompa de la retumbante palabrería, teniendo, cual los Reyes de Oriente, una estrella en el cielo, á la que con fe ciega seguía.

De esto resultaba que era Pedro un joven modesto y reconcentrado; porque solo en su Madre hallaba aquella paridad de ideas y de sentimientos, que inspiran y engendran una entera confianza. Divorciado por inclinación y por deber, de todos los vicios, no había intimado con los jóvenes de su edad, que los suelen ostentar, no sabemos si como prerogativas, si como desprecupaciones, si como gracias, ó como trofeos de rebeldía.

Así sucedía que solía pasear solo, sin dejar por eso de gozar entre aquellos mirros y laureles, que hacen del de Lisboa uno de los mas bellos paseos de Europa.

(1) Bellísima y significativa expresión de una señora española á su regreso de Londres.

Muchas veces había notado Pedro con extrañeza á una joven de condición humilde, pero de hermosura notable, que se sentaba solitaria en uno de los bancos del paseo, y que puesta la mano en la mejilla, no levantaba sus ojos del suelo sino para fijarlos en él. Había en aquellas miradas una mezcla de tristeza, de inocencia ó ignorancia de los usos establecidos, unida á un interés tan sentido, sin ser provocado por el que lo inspiraba, que no pudo menos de sorprenderle. Empero en el sentir delicado de Pedro lo chocante de la provocación superó todo el atractivo que la hermosura y todo el interés que la tristeza debían naturalmente inspirarle. Cada tarde hallaba Pedro á la muchacha en el mismo sitio; cada tarde veía á algunos jóvenes calaveras, á quienes aquella linda aparición atraía, rudamente rechazados, y cada tarde era mas marcado el dolor que se iba grabando profundamente en aquel rostro joven y hermoso.

Dice Kératry que Dios ha dado la compasión por abogada á la desgracia. Así sucedió que algunos días después, al llegar la entrada de la noche, y al notar que la muchacha se levantaba para retirarse, y que por despedida fijaba en él sus grandes ojos, de los que corrían abundantes lágrimas, Pedro, á pesar de la timidez de su carácter y de la rigidez de su conducta, fué arrastrado á seguirla, más por la compasión que las lágrimas inspiran, que no por la seducción que la belleza ejerce.

Después que en su seguimiento se hubo internado por algunas calles solitarias, Pedro se acercó á ella y le preguntó con timidez, si la aquejaba algun pesar, y si era de naturaleza que pudiese él remediarlo ó aliviarlo.

—¡Soy muy desgraciada! contestó ella prorumpiendo en un amargo llanto.

—¿Cuáles vuestra desgracia?

—No puedo decirlo.

—Así no hallareis consuelo. ¿Por qué venís todas las tardes al paseo?

—Antes venía porque me obligaban; ahora vengo por mi propia voluntad.

—¿Quién era, y cual el motivo que os obligaba, á vos, tan linda y tan niña, á venir sola á un paseo público?

—No puedo decirlo.

—¿Y por qué venís ahora de motu propio?

La muchacha calló. Pedro repitió su pregunta.

—¿Qué os importa? respondió ella con una mezcla de despecho, de alicción y de *brusquería*, que aunque unidos, se hacían cada cual palpables en sus palabras duras, en su acento amargo, y en sus dolorosas lágrimas.

—Me importa, puesto que lo pregunto, dijo Pedro.

—¿Y por qué os importa?

—Porque me interesa.

—¿De veras? exclamó ella.

—Muy de veras, respondió Pedro. Decidme, pues, el motivo de vuestra alicción.

—¡No puede ser! si os intereso, demostrádmelo de otra suerte que no con preguntas.

Pedro sacó del bolsillo una moneda de oro, que presentó á su interlocutora.

—¡Eso no! exclamó esta con vehemencia; no me lo demostréis ni con preguntas, ni con monedas. Las unas demuestran curiosidad; las otras caridad; pero ninguna demuestra...

Se detuvo y añadió con tristeza; *interés!*

—Dejad que os acompañe á vuestra casa, dijo Pedro, cada vez mas empeñado, y cada vez mas interesado por aquella extraña mujer. Esta no pudo disimular un estremecimiento, y exclamó:

—¡No, no! ni pensarlo! ¡eso no puede ser!

—¿Sois casada? preguntó Pedro.

—Ni soy casada, ni me casaré nunca; ¡nunca!

—Entonces ¿en qué puedo servirlos? tornó á preguntar Pedro, absorto de encontrar tantas anomalías, tan extrañas reticencias en aquella criatura singular.

—¿Servirme? En nada podéis servirme, repuso ella.

—¿Pues en qué puedo al menos complacerlos y mostraros mi interés?

—Con dejarme que os mire, que os hable, y que os ame, sin rechazarme como hasta aquí habeis hecho.

El morigerado carácter de Pedro, la delicadeza de sus ideas y sentimientos en cuanto á la reserva y modestia de la mujer, tan instintivas en ella que no necesita la educacion ingerirselas, llevaron un rudo choque al oír aquellas palabras.

Viendo que callaba, la jóven volvió á prorumpir en un amargo llanto, exclamando: ¡Madre, madre! ¡por qué me pariste! ¡Qué crueles son los hombres todos!

—Pero... ¿Y si yo os amase á mi vez, como de cierto sucedería? preguntó Pedro.

—¿Y qué mal habria en eso? repuso ella.

—Es, dijo Pedro, que yo no puedo ni debo amar sin saber á quien amo, —á un ente misterioso que se oculta de mí; á una mujer que cual una nube, aparece sin saber de donde viene, y cual aquella, puede desaparecer, sin que se sepa donde irá.

—Yo creia, repuso ella, que el amor no hacia mas pregunta, ni necesitaba saber mas, sino si era correspondido; pero ya veo que hasta para amarse se pide pasaporte. ¡A Dios! olvidad á una infeliz, que creyó por un momento hallar un corazón que le diese tan solo un poco de amor, en cambio de todo el suyo.

—Diciendo esto se alejó. Pedro corrió tras ella. Entonces la muchacha se paró, y le dijo cruzando sus manos:

—¡Por Dios! ¡por Dios! ¡no me sigais! os juro que mañana me hallareis en la alameda! —Y rápida como esas exhalaciones que se ven sin dar tiempo á fijarlas, desapareció cual ellas en la oscuridad.

CAPITULO III.

Al día siguiente Pedro, —sin premeditada intencion, y aun sin notarlo, —salió mas temprano que otras tardes para ir á su acostumbrado paseo. Mas á pesar de eso, cuando llegó, ya estaba aquella extraña muchacha en su misma actitud triste, en su acostumbrado asiento.

Al poco rato se levantó y salió del paseo. Pedro la siguió á distancia, hasta que internados por calles solitarias, y debilitada la luz del día por la total ausencia del sol, pudo alcanzarla y dirigirla la palabra sin que fuese notado.

Cuanto por ambas partes se dijeron fué con poca variacion lo que se habian dicho la tarde antes, acabando la entrevista por parte de ella, con la vehemente y angustiosa prohibicion de que la siguiese, y la promesa de volver á la tarde siguiente. Cada tarde volvía Pedro mas empeñado, mas interesado y mas seducido por aquella hermosa jóven, que era á un tiempo tan delicada y tan inculta, tan sentida y tan áspera, tan franca y tan misteriosa; llegando esta última peculiaridad al extremo de no poder averiguar Pedro lo mas mínimo sobre su persona, su familia y su condicion.

Por más que la reciente confianza que se estableció entre dos personas que sienten ambas, como por mitad, un mismo sentimiento autorizase á Pedro á ser exigente en sus preguntas, y obligase á ella á ser franca en sus respuestas, nada supo Pedro; porque la tierna y feliz jóven que sonreía con dulzura, se tornaba al oír sus preguntas en taciturna y áspera; y si él persistía, ella le amenazaba con alejarse para siempre de su lado. Sobre lo que más insistía Pedro, que era en saber su domicilio, no pudo arrancarle otra respuesta que la singular y afirmativa repeticion de que vivía entre ruinas, sirviéndole esta declaracion á un tiempo de respuesta á las indagaciones de su amante, y de pretexto para no introducirle en su casa. Así era que Pedro, á falta de otro nombre, le habia puesto el de FLOR DE LAS RUINAS; pues mientras existan el amor y la poesia, siempre será la flor el emblema de una hermosa, ó de una querida jóven.

El amor y la poética mente de Pedro, unas veces le llevaban á pensar que fuese la que amaba alguna huérfana encerrada desde niña en algun convento ó instituto de enseñanza, que hallaba medio de disfrazarse y escapar por algunas horas de su encierro. Otras conjeturaba que podría ser un miembro de alguna familia arruinada, que vivía aislada y oscuramente en algun ángulo de su derruida casa solariega. Otras, en fin, se estremecía con la idea de que pudiese ser alguna mal casada, que huyese sigilosamente del techo conyugal. Sobre esto le tranquilizaba la seguridad que le habia dado ella de que no era casada; pero al mismo tiempo le habia dado otra, y era que no se casaría nunca. ¿Ligábala quizás algun voto? Si habia vivido reclusa, ¿cómo era tan atrevida y tan llena de decision? Si habia vivido en el mundo ¿cómo era tan completamente ignorante de sus usos, de sus miramientos, y casi de su lenguaje? Pedro se perdía en sus conjeturas, se desesperaba en medio del caos de confusiones en que vivía, gracias al capricho de una niña, que le dominaba y seducía, á pesar de su temprana razon y de la severa delicadeza de su sentir.

Pedro habia exigido, para que sus relaciones no fuesen notadas, —cosa de que por una de sus muchas anomalías, no parecia cuidarse su querida, —que esta no volviese á la alameda, y que fuesen sus entrevistas en un lugar más apartado y solitario. Siempre en estas citas ella se adelantaba á Pedro; y la señal para encontrarla, era la que en el Mediodía prefiere el amor, porque es el idioma del corazón, esto es, el canto, en que á la vez expresa su pensamiento con la letra y su sentir con la armonía. Pedro apresuraba sus pasos cuando llegaba á sus oídos una voz clara y sonora que cantaba estas y otras parecidas estrofas:

He de amar, amar en quiero
Pro mas que murmure a gente,
Q' esa gente que murmura
Tal vez nao seja inocente.
Se o amar fôra pecado
Era eu gran pecador;
Mas o Ceu facil perdoa
Culpa que nasce d' amor (1).

Cuando ella le divisaba, salíale alegre y ligera al encuentro, se asia á su brazo como el pámpano á la rama del olmo, y paseaban en el crepúsculo, abstraídos de todo, sin pensar en el AYER ni en el MAÑANA; que amargan el hoy con recuerdos, y con cuidados lo agitan; desapareciendo de un todo el sol, sin que lo notasen, y acudiendo en el cielo las estrellas sin que las percibiesen. Porque el sol y las estrellas de su existencia eran aquellos momentos en que reunidos paseaban, y en los que se embelesaban repitiendo las eternas variaciones de aquellas palabras de amor, que segun dice un autor, nunca envejecen.

De esta suerte pasó la primavera, la que con otras flores habia visto brotar y amparado este amor al aire libre, entre el cielo y la tierra, en medio de las flores, como el amor de los pájaros, como el de las mariposas; cantando cual aquellos, jugando cual éstas; sin pensar en el mañana cual unas y otros! Pero pasó la primavera, y su hermano el verano, siguiendo el otoño que acorta las tardes y enturbia su cielo; y las entrevistas de los amantes se hicieron mas cortas y menos frecuentes. Entonces Pedro resolvió salir de la situacion singular y subyugada en que se hallaba.

Tenia él una gran ventaja para poder imponer su voluntad, aun en el corto reinado de la mujer, esto es en el tiempo que es amada; y era la que tiene aquel de los dos amantes que es querido con mas pasion que la que él mismo siente. Así fué que confiado en el ascendiente que ejercía sobre su querida, le intimó la terminante resolucio que tenia de hacerla optar entre la alternativa de terminar unas relaciones envueltas en un misterio que desunía sus almas, y que no podian satisfacer de esta suerte ni á su corazón ni á su razon, ó de introducirle con franqueza y lealtad en su domicilio y en su vida interior.

—¿Para qué quieres, le dijo ella apurada y cariñosa, conocer las ruinas? ¿No te basta LA FLOR?

—Bástame la flor, respondió Pedro; pero la quiero con raíces, la quiero sacar de sus ruinas, y traerla á un suelo que sea mio, y en que pueda cultivarla, sin temor de que me sea arrebatada.

—La FLOR DE LAS RUINAS tiene espinas, y sabe guardarse, repuso ella; y no puede, añadió con tristeza, transportarse! Además... ¡las ruinas van á desprestigiarse á la flor!

—Más la desprestigiara esta prolongada y singular ocultacion, dijo Pedro.

La pobre y apurada niña rehusó, suplicó, lloró; pero fué inútilmente. Pedro exasperado por su obstinada negativa, insistió inflexible en su determinacion, y la pobre FLOR DE LAS RUINAS cedió al fin con violenta repugnancia y profundo dolor, fijando para complacer á su amante un determinado día.

(Se concluirá.)

LOS MOROS MUDEJARES.

POR

DON FLORENCIO JANER.

Introduccion.

De pequeños comienzos habia llegado el trono de Ataulfo á abarcar de uno á otro confin la península ibérica. Sojuzgados los suevos, avasallados los pueblos aborígenes, lanzados los imperiales de nuestra patria, la religion católica enaltecida en toda

ella, pudo uniformarse la legislacion, desaparecer la diferencia de castas, y llegar á todo su apogeo la potestad teocrática. En aquellos tiempos rudos, pero belicosos, para levantar las naciones á un alto grado de esplendor, hacíanse necesarios el espíritu legislativo y el espíritu religioso, y así fué como el magnánimo Recaredo, con fé y con legislacion, engrandeció el imperio de los godos, mereciendo la palma de la cultura entre los demás pueblos de Europa.

Mas la civilizacion goda, en la acepcion que podemos dar á esta palabra en los siglos bárbaros de la baja edad, si bien arraigó en los pechos españoles aquel carácter nacional, noble, monárquico y religioso á la par, que no perderá jamás, llevó consigo los vicios que se apoderan de un pueblo cuando deja los afanes de la guerra por los goces de la paz, cambiando el estruendo de las armas por los ecos de los festines y la dulce inaccion de la tranquilidad doméstica.

Entonces, como ahora, como en todos tiempos, la humanidad llevaba al parecer consigo el sello de la desgracia: si avanzaba en civilizacion era para sumirse luego en la barbarie; si alcanzaba bienestar y libertad, hundíase pronto en el cieno de la opresion y de la tiranía. Siempre la ley de progreso y de retroceso social; siempre un círculo de civilizacion y de barbarie: porque el cetro de la tierra, colocado en manos del linaje humano, para que con justicia la gobernara (1), fué roto por aquel mismo linaje, que tornado en raza de tiranos, la conmueve con sus crímenes y no obtiene otras dotes que la discordia, la guerra, la devastacion y la muerte.

Hé aquí por qué, después de haber presentado el imperio godo de España el cuadro placentero de país rico e ilustrado, tal como permitía el atraso general de la época; después de haberse sentado en el trono príncipes verdaderamente grandes y piadosos, como los Recaredos y los Wambas, comenzaba á vacilar sobre sus propios y robustos cimientos.

Estragáronse las costumbres, brotaron de su seno mil disidencias civiles, encendiéronse en implacable encono las familias principales, y amagaba á España un fin siniestro. El torpe reinado de Witiza fué la causa principal de tamaños males. Un príncipe deshonesto, una corte corrompida, contaminaron el imperio todo. La decadencia era visible, inevitable la ruina. El pueblo godo iba á sucumbir, porque habia llegado su hora postrera; pero otro pueblo naciente se adelantaba al través de los tiempos para ocupar en su virilidad brillante y distinguido lugar en el mundo.

Desde el interior de la Arabia, anchurosa region ceñida por el mar Rojo, el Océano Indio y el Golfo Persico, entre la Etiopia, la Persia, la Siria y el Egipto, levanta su voz innovadora un hombre que pretendia hermanar las terribles tribus de su nacion bajo un solo Dios, una sola ley y un solo caudillo. Este hombre que supo atraerse miles de creyentes, que habia nacido de humilde familia, poseedor de escasos bienes (2), Mahoma, el falso profeta, en fin, este hombre llegó á la suprema gerarquía entre los árabes, y con una audacia sin límites inundó las regiones comarcanas de pueblos belicosos que fácilmente dejaron el cayado de pastor para empuñar las armas del guerrero.

Aquellos mismos árabes, en cuyo país no osaran entrar los soldados de Alejandro, y de que en valde habian intentado apoderarse los ejércitos de Augusto y de Trajano, dedicados meramente á la ganadería, al merodeo y al manejo airoso de los caballos, abrazaban con entusiasmo la religion que les proponía el falso profeta, declarando implacable guerra á toda fé que no estuviera acorde con sus creencias. En valde se opusieron á su doctrina los mandarines de la Meka: en valde encolerizados contra él promovieron los koraischitas un motin para arrancarle la vida: Mahoma huía á Medina; los ídolos tan extraños como numerosos de diversas tribus, rodaban por el suelo en mil pedazos; sus secuaces levantaban un partido belicoso; avasallaban la Meka, la Arabia entera, y la nueva creencia del Islam (3), quedaba asegurada con el filo de la corva cimitarra. Desde aquel momento, cambiados los árabes de pastores en guerreros, necesitaron estenderse fuera de su país, para cobrar mas aliento en las naciones vecinas, y propagando el Alcoran (4) engrandecer el naciente imperio.

Abu-Bekr, sucesor de Mahoma, fué el primero que convocó á este fin á todas las tribus, proclamando una guerra santa contra los griegos y los persas, y entonces, con la rapidez del rayo, miles de musulmanes acudieron al llamamiento, coronando sus banderas con victorias las mas esclarecidas. La Siria cae

(1) *Crescite et multiplicamini, et replete terram et subijcite eam, etc.*

GENESIS: caput primum, 28.

(2) Cuando murió su padre, heredó solo cinco camellos, y no poseía mas que algunas ropas y una esclava etiope.

(3) *Islam*: resignacion, conformidad con la voluntad de Dios. Llámase así la religion de Mahoma.

(4) *Kur'ann*, con el artículo *Alcoran*, la leyenda, propiamente lo que se lee.

en su poder; asaltadas las ciudades de Tadmor, Hira, Hauram, Bostra, Emesa, Damasco y Balbet, llenábase de consternación el antiguo mundo romano. Bien pronto, al cabo de algunos años, sitiaron los árabes a Alejandría; el Egipto es avasallado; el África, la Persia, el imperio griego todo es embestido y arrollado por ejércitos numerosos, entusiastas, fanáticos, sedientos de gloria y de sangre enemiga. Por la parte opuesta alcanzaban los musulmanes iguales laureles. Sus crecidas tribus se derramaban por el África esgrimiendo siempre el acero, y llevando a todas partes la desolación y la muerte.

En breve espacio de tiempo llegaron las armas sarracenas hasta Trípoli y Argel: el territorio todo en donde se alzaron después las ciudades de Fez y Marruecos, sufría los embates de los califas de Damasco, y aun hubieran pasado más allá si las olas del mar no atajaran sus soberbios pasos (1).

Sin embargo, la antigua Cartago, aquella famosa ciudad, rival heroica del poder romano, se opuso a la vencedora marcha de los musulmanes, y si al fin quedó subyugada, fué solo cuando, arrasada las murallas y degollada la guarnición, no quedaba entre las ruinas quien pudiese dar el grito de independencia. Tras varios vaivenes de fortuna quedaron por último los mahometanos dueños absolutos de África, exceptuada la fortaleza de Ceuta, defendida briosamente por su gobernador cristiano, Julian, pariente del rey de los godos Witiza.

Tal era la situación del pueblo árabe en los primeros años del siglo VIII, cuando la Providencia divina, después de arrancarle de los desiertos, le colocaba á orillas del Mediterráneo para que desde allí amenazara y castigara á Europa, tan miserable entonces en ilustración como abundante en corrompidas costumbres (2).

El imperio del mundo se sucede rápidamente en las naciones. El Egipto había preponderado sobre el Asia, y luego ésta se arrojó sobre el Egipto: la Media, la Persia, la Grecia, guerrearon unas con otras: Roma dominaba y cenía con sus nerviosos brazos el Asia, el África, la Europa; pueblos descolgados de un confín del Norte inundaron el Orbe entonces conocido. Perecía el genio de Roma, y el núnen bárbaro, destrozando la unidad del mundo, creaba nuevos y dilatados reinos, que caminaron á su vez con afán hacia la unidad y la perfección humana, que ya habían creído suyas las águilas del imperio.

Pero todo en valde: los dolores padecidos por los padres no redundan en provecho de los hijos; el ejemplo de las grandes catástrofes no alecciona, al parecer, el corazón del hombre. Los bárbaros, civilizados en España, aprovechando los restos de la grandeza romana, fundan, en verdad, soberbio y poderoso Estado; mas apenas contaba tres siglos de existencia, cuando los vicios le conmueven, y le arruinan las eternas ambiciones.

Entretanto la mano invisible de Dios encaminaba hacia España la nueva raza que debía castigar á los descendientes de Ataulfo.

Proclamado Rodrigo monarca de los godos (3), no pudo menos de adquirirse enemistades de los hijos y parciales del Witiza, su antecesor destronado. La corte de Toledo no presentaba tampoco el aspecto noble, digno y floreciente en que supo mantenerla Leovigildo, y el genio del mal cernía sus negras alas sobre la ciudad corrompida, sumiendo en la crapula aquel valor heredado de los antiguos germanos (4). Todo reinado inmoral debe terminar violentamente, porque tarde ó temprano sucumbe el imperio de las pasiones; mas al historiador, en su misera condición humana, no le es dado conocer los principios de esos grandes cambios sufridos por la humanidad, ni penetrar los arcanos del Hacedor Supremo. —Hé aquí, como al leer en la historia la decadencia de todo un pueblo, las calamidades sin fin que han combatido ó afligieron á diferentes razas, culpamos siempre la fantasía humana, que arraiga las ambiciones y liviandades en nuestros pe-

(1) Cuéntase que uno de los caudillos árabes que capitaneaban las tribus conquistadoras, al llegar á las playas del Océano, espoleó lleno de rabia su caballo, y se internó por las ondas exclamando: ¡Alah! si no me contuviera la profundidad de este piélago, iría hasta el extremo del Orbe á predicar el islamismo! Con tan irresistible tesón, qué tiene de particular cayera todo en manos de los sucesores de Mahoma?

(2) Nos permitimos semejante juicio, porque conocemos bien el estado de la civilización en una época en que la ilustración solo era dote de escaso número de personas; la ignorancia, el vicio y la maldad de muchas. Acaso no sin altos é inescrutables designios ha tenido la Europa en África, durante los siglos bajos, y después en Turquía desde 1453, un enemigo ó amigo que de continuo embargo la atención de los príncipes cristianos, impidiendo se cebaran estos en sus propias luchas.

(3) Merced á un motín, según dice Isidoro de Bejar, ó valiéndose de un ardid, como asegura el continuador de Juan de Biejar.

(4) «Todo era convites, dice el historiador Mariana, manjares delicados y vino, con que tenían estragadas las fuerzas y con las deshonestidades de todo punto perdidas, y á ejemplo de los principales, los mas del pueblo hacían una vida torpe é infame. Eran muy á propósito para levantar bullicios, para hacer fieros y desgarrar; pero muy inhábiles para acudir á las armas y venir á las puñadas con los enemigos.»

chos.—La poesía, que acompaña la cuna de todos los pueblos, que mece con ternura la niñez de los imperios, ora cante con armoniosa lira la fundación de Roma y de Cartago, ora los principios de las diversas naciones del mundo, pretende sin embargo, levantar el velo que cubre de sombras el período de la decadencia gótica, y, con triste acento, nos señala un crimen, para explicar la irrupción de los árabes en España. No obstante, nosotros sin dar entero crédito á los amores de Rodrigo con la bella cuanto ultrajada Florinda (1), hallamos motivos suficientes para la pérdida de España en el descontento de los parientes de Witiza, en el abandono general en que yacía la península, en el deseo en fin, que animaba á los descendientes de Mahoma de atravesar el estrecho y sujetar el Occidente al robusto imperio de la media luna.

En efecto, no tardaron en hacerlo, y aquellos numerosos jinetes africanos (2), que las naves aprestadas por el gobernador de Ceuta (3), trasladaron á nuestro suelo, envueltos en flotantes ropajes, deslumbrando con su vista brillante y fascinadora, aterrorizando á los godos, que ni tenían fuerzas para resistir, ni ansiaban embrazar el escudo para defenderse. La batalla del Guadalete no tardó tampoco en declarar la suerte funesta por de pronto para nuestra patria: en aquella memorable derrota desapareció Rodrigo, sucumbió la enervada juventud española, y los elementos todos de una sociedad de tres siglos quedaron anonadados y dispersos, ocupando los árabes sin oposición alguna la Península entera. Pero la Divina Providencia, como dice un escritor mahometano, cuya diestra abarca los imperios, reparte los reinos, la grandeza y el poderío á quien le parece, y dá hoy en el festín del mundo un lugar eminente á estos pueblos para preferir mañana á aquellos, según sus merecimientos, si permitió á los árabes encadenar nuestra patria con su Korán y su sangrienta cimitarra, dispensó también á nuestros progenitores los medios para entablar la reconquista, adelantando con ella la nave de la sociedad española por el inmenso mar de los tiempos. Porque el pueblo cristiano vencido en Guadalete podía regenerarse y brotar con nueva vida en medio de los trastornos y quebrantos de una irrupción extranjera; pero el pueblo invasor traía consigo las estériles semillas del Islam, que no debían fructificar en España, por mas que torrentes de sangre africana regarancien y cien veces nuestro precioso suelo.

(Se continuará.)

El Paraíso perdido. Después de esta tempestad que se llama *el hombre*, hizo Dios ese iris que se llama *la mujer*.

Fué la corona de la creación, como el iris es la diadema del cielo.

Inspirada por la serpiente, besó Eva la manzana prohibida, y de aquel beso nació el pecado.

El pecado es una trinidad: mujer, serpiente, manzana.

Es decir: mundo, demonio y carne.

La mujer es discípulo de la serpiente.

El hombre es discípulo de la mujer.

Ella lo enseñó á amar y á perderse.

La primera sonrisa de la mujer significa amor; la segunda muerte.

Después del relámpago, el rayo.

Detrás de la rosa, las espinas.

Eva, al dejar el paraíso, volvió el rostro bañado en lágrimas y le dió el último adiós.

Su pecho exhaló un tristísimo suspiro.

Las lágrimas de la mujer son siempre para el hombre como el golpe de gracia.

Adán, al verla llorar, lloró también.

En la puerta del paraíso, había colocado Dios un ángel con una espada fulminante.

Dentro reinaba el silencio y la soledad.

Adán miró á Eva. Sobre su bella frente lucía la aureola de la desgracia.

No se atrevía á levantar los ojos, y la duda destrozaba su angustiado corazón.

Adán tomó su mano y le dijo:

«Si Dios me devolviese el paraíso, lo perdería otra vez.»

Y el proscrito halló el camino del destierro regado con las flores de un nuevo Eden.

(1) Véase *La Ilustración*, núm. II, de las *Notas é ilustraciones correspondientes al libro I*.

(2) Dedúcese la impresión que la irrupción de los sarracenos causó en los españoles ó hispano-godos, de las siguientes expresiones con que los retrata la *Crónica general de España*, mandada escribir por don Alfonso el Sábio. «Las riendas de sus caballos, tales eran como de fuego; las sus caras de ellos como la pez... así relucían sus ojos como candelas, el su cabello de ellos ligero como un león pardo, é el su caballo mucho mas cruel é dañoso que es el león y el lobo en la grey de las ovejas en la noche.»

(3) Asegúrase que fué el conde Julian gobernador godo de Ceuta, quien resentido del rey Rodrigo, facilitó la irrupción sarracénica. De todos modos, el traspaso de los árabes á nuestro suelo se hizo en naves de mercaderes, según dice Rodrigo de Toledo, y afirma el historiador árabe Ebn-Hayan.

Desde entonces el amor es un paraíso en miniatura que llevamos en el corazón.

Mujer, serpiente, árbol de la vida y de la muerte, ciencia del bien y del mal, relámpagos y rayos, rosas y espinas, sonrisas y lágrimas, suspiros y adioses. Todo está allí.

Hasta el reflejo de la maldición que nos condenó al trabajo, á los dolores y á la muerte.

Pero que nos dió en cambio la esperanza.

La esperanza de la redención.

La serpiente pisoteada por otra mujer.

Todo está allí. Toda la tragedia del paraíso.

Hasta el ángel con su fulminante espada que nos dice en letras de fuego cuando volvemos los ojos al pasado: «Aquí no hay esperanza.»

Hasta la voz interior que imitando á la de Adán nos dice:

«Si Dios me diera el paraíso, lo cambiaría mil veces por el amor de una mujer.»

¿Qué importa el paraíso?

Yo lo llevo en mi corazón.

Así el proscrito lleva en el suyo la imagen de la patria.

—La recaudación obtenida en el mes de junio por franqueo de impresos, libros y periódicos ha ascendido á 52,026'20 rs. de los cuales, 8,973'30 corresponden al franqueo para el extranjero. Los impresos por entregas para la península, importaron 38,114'40 reales. Los libros en rústica, 4,228 rs. 50 cént., y los en pasta 710.

—La Hacienda pública anuncia hoy para el 1.º de setiembre una subasta para la adquisición de 200,000 gruesas de papel para cigarrillos.

—El 16 de octubre próximo se subastarán las obras del puente de Gironella, en la carretera de segundo orden de Maureca á Berga, cuyo presupuesto de contrata es de 398,898 rs. 54 cént.; las de modificación del trozo cuarto de la carretera de segundo orden de Palma á Soler, presupuestado en 88,234'24 rs. y las que faltan por ejecutar en los trozos primero, quinto y sétimo de la carretera de segundo orden de Manresa á Solsona, sección de Manresa á Cardona, cuyo presupuesto de contrata es de 1.890,833'14 rs. vn.

—Muchas personas de las que pasean desde la puerta de Santa Bárbara, siguiendo la calle del general Winthuyssen hasta la Fuente Castellana, nos han manifestado deseos de saber el motivo que ha inclinado al excelentísimo ayuntamiento para dar un nombre de tan difícil pronunciación á la citada calle: nosotros, enterados suficientemente de la causa vamos á manifestarla.

Don Francisco Javier Winthuyssen fué un bizarro marino español, que con el grado de jefe de escuadra, y después de hallarse ya manco á resultas de otro encuentro que sostuvo contra los ingleses á la edad de veinte y cinco años, mandaba el navio *San José* en el famoso combate del Cabo de San Vicente (14 de febrero de 1797). Viendo allí el ilustre marino su buque desmantelado y rodeado de siete navios ingleses, lejos de haberse rendido como pudo hacerlo, sin mengua alguna, prefirió antes morir en su puesto desangrado á causa de la pérdida de ambas piernas, profiriendo las heroicas frases de: *Muerto contento, pues he probado al inglés que un marino español no se rinde jamás*. Apresado después el buque, y enterado el almirante enemigo de lo sucedido, hizo remitir á Cádiz todos los efectos pertenecientes al general Winthuyssen, manifestando que no debía retener mas que lo correspondiente á sus prisioneros, y que el comandante del *San José* había muerto antes de ser tal. Llevado el navio á Inglaterra se conserva aun con el nombre de tan ilustre marino; y el excelentísimo ayuntamiento, con objeto de perpetuar su memoria y á petición de la señora condesa viuda de Morales de los Rios, hija de tan valiente jefe, acordó en 3 de marzo de 1857 que el paseo que conduce desde el portillo de Santa Bárbara hasta enlazar con el Obelisco, lleve el nombre de este mártir del honor de su patria.

BOLSA DE MADRID.

Cotización oficial del 14 de julio.

FONDOS PUBLICOS.

Titulos del 3 por 100 consolidado, 52-70.

Idem diferido, id., 48-70.

Deuda amortizable de primera clase, 00-00.

Idem de segunda, id., 00-00.

Idem del personal, 24-90.

CAMBIOS.

Londres á noventa días fecha, 50-25.

Paris á ocho días vista, 5-23.

EDITOR RESPONSABLE, D. JOAQUIN BERNAT.

IMPRENTA DEL ESTABLECIMIENTO DE MELLADO,

A CARGO DE D. JOAQUIN BERNAT,

Costanilla de Santa Teresa, núm. 3.—1863.

OBRAS COMPLETAS DE FERNAN-CABALLERO.

La Gaviota, segunda edición con un prólogo, por don Eugenio de Ochoa. Dos tomos en 8.º de mas de 200 páginas. **Precio** 20 reales toda la obra en Madrid y 24 en provincias.

La familia de Alameda, novela de costumbres contemporáneas: segunda edición con un prólogo del duque de Rivas. Un tomo en 8.º de mas de 200 páginas. **Precio** 10 reales en Madrid y 12 en provincia.

Cuadros de costumbres, segunda edición, con un prólogo del marqués de Molins. Dos tomos en 8.º, que comprenden los cuadros siguientes: SIMON VERDE.—EL ULTIMO CONSUELO.—DICHIA Y SUERTE.—MAS HONOR QUE HONORES.—LUCAS GARCIA.—OBRAR BIEN QUE DIOS ES DIOS.—EL DOLOR ES UNA AGONIA SIN MUERTE. **Precio** de toda la obra 20 reales en Madrid y 24 en provincia.

Relaciones, segunda edición, con un prólogo por don Eduardo G. Pedrosa. Un tomo en 8.º, que contiene las siguientes: CALLAR EN VIDA Y PERDONAR EN MUERTE.—NO TRANSIJE LA CONCIENCIA.—LA FLOR DE LAS RUINAS.—LOS DOS AMIGOS.—LA HIJA DEL SOL.—JUSTA Y RUFINA.—MAS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA. **Precio** 10 reales en Madrid y 12 en provincia.

Una en otra.—CON MAL O CON BIEN A LOS TUYOS TEN: segunda edición, con un prólogo de don Juan Eugenio Hartzenbusth. Un tomo en 8.º de mas de 200 páginas. **Precio** 10 reales en Madrid y 12 en provincia.

Un verano en Bornos.—LADY VIRGINIA: segunda edición, con un prólogo de don Emilio Olloqui. Un tomo en 8.º de mas de 200 páginas. **Precio** 10 reales en Madrid y 12 en provincia.

Clemencia, segunda edición, con un prólogo de don Luis Eguilaz. Dos tomos de mas de 200 páginas. **Precio** 20 reales toda la obra en Madrid y 24 en provincia.

Ella, segunda edición, con un prólogo del señor don Fernando Ruiz de Apodaca. Un tomo en 8.º de mas de 200 páginas. **Precio** 10 reales en Madrid y 12 en provincia.

Lágrimas, segunda edición, con un prólogo del señor don Antonio Cabanilles. Un tomo en 8.º de mas de 200 páginas. **Precio** 10 reales en Madrid y 12 en provincia.

Cosa cumplida solo en la otra vida, segunda edición.—Diálogos entre la juventud y la edad madura.—LA NOCHE DE NAVIDAD Y EL DIA DE REYES, con un prólogo del señor don Fermín de la Puente y Apechea. Un tomo en 8.º **Precio** 10 reales en Madrid y 12 en provincia.

La Estrella de Vandalla, segunda edición, con un prólogo del señor don Joaquín Francisco Pacheco. Un tomo en 8.º de mas de 200 páginas. **Precio** 10 reales en Madrid y 12 en provincia.

Un Servillon y un Liberalito, segunda edición, con un prólogo del señor don Antonio Aparisi y Guijarro. Un tomo en 8.º de mas de 200 páginas. **Precio** 10 reales en Madrid y 12 en provincia.

Deudas pagadas, con un prólogo de don Manuel Canete. Un tomo en 8.º de mas de 200 páginas. **Precio** 10 reales en Madrid y 12 en provincia.

GUÍA DEL VIAJERO EN ESPAÑA,

POR

D. FRANCISCO DE P. MELLADO.

NOVENA EDICION.—1863.

Contiene una noticia geográfica, estadística, histórica y administrativa del reino.—La descripción de Madrid y de las principales poblaciones de España.—Noticia de las carreteras generales y transversales que conducen de un punto á otro, espresando la distancia de la Corte á las capitales, costas, fronteras y pueblos importantes, y de estos entre sí.—La descripción de todas las líneas de

FERRO-CARRILES

abiertas ó próximas á abrirse al servicio público en España, inclusa la del Norte, y la de Bayona á París, con el nombre de las estaciones, la distancia en kilómetros y un mapa itinerario, topográfico y de caminos, aparte del texto, hecho espresamente para acompañar á esta obra.

Un tomo en 8.º de 600 páginas, impreso con lujo y elegancia en papel superior. **Precio**: 16 rs. en Madrid y 19 en provincia, á la rústica. Encuadernado en tela con planchas de relieve, 19 rs. en Madrid, y 24 en provincia.

OBRAS

DE DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

Cinco tomos en 4.º mayor á dos columnas, edición correcta y esmerada: **precio** 200 rs. en Madrid y 220 en provincias.

Los cuatro primeros tomos comprenden todo el teatro, que se compone de 76 piezas; el 5.º las poesías y artículos en prosa, y se venden separadamente á 40 rs. en Madrid y 44 en provincia.

VIAJES DE F. R. GERUNDIO

POR FRANCIA, BELGICA, HOLANDA

Y ORILLAS DEL RHIN.

Segunda edición corregida por el autor; dos tomos en 8.º mayor, impresión de gran lujo, en buen papel y caracteres nuevos con grabados en el texto y láminas aparte, estampadas en tintas de colores.—**Precio**: 80 rs. toda la obra en Madrid y 88 en provincia.

EL CIVILIZADOR.

HISTORIA DE LA HUMANIDAD POR SUS GRANDES HOMBRES.

POR A. LAMARTINE.

Un tomo en 4.º á dos columnas. Contiene las siguientes biografías: Homero.—Juana de Arco.—Bernardo de Palissy.—Cristóbal Colon.—Ciceron.—Gutemberg.—Eloisa.—Fenelon.—Sócrates.—Nelson.—Rustam.—Jacquard.—Cron-

well.—Guillermo Tell.—Bossuet.—Milton.—Antar.—Madama de Sevigné. Es tan popular el nombre del autor, que consideramos inútil encarecer el mérito de la obra. Todos los que la conocen, saben que cada una de las biografías del célebre autor de los *Gerundios* es una novela histórica; pero conviene advertir que la traducción está hecha con el mayor esmero, y la edición, aunque económica, es limpia, correcta y esmerada. **Precio** 20 rs. en Madrid y 24 en provincia.

RECREACIONES FÍSICAS,

POR M. A. DE CASTILLON,

PROFESOR DEL COLEGIO IMPERIAL DE SANTA BARBARA DE PARIS.

TRADUCIDAS

POR DON JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA,

VIZCONDE DE SAN JAVIER.

Esta obra puede decirse que es un curso completo de lecciones de física puestas al alcance de todos, que al mismo tiempo que sirven de recreo, enseñan los primeros elementos de la ciencia de una manera fácil y sencilla. Además de la explicación de todas las lecciones, contiene en cada una de ellas varios ejemplos prácticos que no dejan nada que desear.—Un tomo en 8.º de mas de 300 páginas con grabados intercalados en el texto y láminas tiradas aparte. **Precio**: 12 rs. en Madrid y 14 en provincias.

BETEGON ORTIZ Y COMPAÑIA.

Sociedad MERCANTIL protectora de las artes, el comercio y la industria, bajo la dirección de su fundador el SEÑOR BETEGON, procurador de los tribunales de Valladolid y su partido. CENTRO GENERAL DE NEGOCIOS, COMISION Y CONSIGNACION DE MERCANCIAS EN CORRESPONDENCIA con las principales casas del reino y el extranjero. También se dedica á toda clase de OPERACIONES DE GIRO Y BANCA. Admite cuantos NEGOCIOS JUDICIALES se la confien, ya correspondan á los tribunales ordinarios, al de comercio, al de guerra ó al eclesiástico, y por último ADMINISTRA toda clase de fincas por solo un CUATRO POR CIENTO ANUAL y se anticipan cantidades sobre rentas de las mismas.

Las oficinas se hallan establecidas en Valladolid, Plaza de Santa María, núm. 15.

Espiritualismo (el), curso de filosofía, por don Encomendes Martín Mateos: cuatro tomos en 8.º mayor. **Precio** 80 reales en Madrid y 88 en provincia.

Se suscribe y se hallan de venta las obras en Madrid en el Establecimiento de Mellado, calle de Santa Teresa, núm. 8, y en la librería de Durán, Carrera de San Gerónimo; en la de Bayli-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso, núm. 8; en las de Cuesta, Moya y Plaza. Sanchez, Viana, y Villaverde, calle de Carretas; en la de Lopez, calle del Carmen; en la de Olamendi, calle de Pontejos; en la Americana, calle del Príncipe; en la de Guijarro, calle de de Preciados; en la Publicidad, Pasaje de Matheu, y en la de Hernando, calle del Arenal. En provincias por conducto de los corresponsales ó enviando letra del importe.

INSTRUCCION PARA EL PUEBLO.

CIEN TRATADOS,

SOBRE LOS CONOCIMIENTOS MAS INDISPENSABLES.

TERCERA EDICION.

Esta obra, verdadera ENCICLOPEDIA POPULAR, está imitada, no traducida del francés, pues la mayor parte de los tratados son originales y escritos por personas las mas acreditadas en las materias sobre que versan. Solo se han traducido los principios generales de las ciencias, pero cuidando de hacer aplicación de ellos á España. Los Cien Tratados es la obra mas útil y mas barata de cuantas se han publicado hasta el día, es un esfuerzo del arte tipográfico, y una prueba incontestable de que en nuestro país se puede hacer lo que en otros mas adelantados.

Cada uno de los tratados forma una obra completa é independiente, y todos reunidos forman dos tomos en 4.º mayor á dos columnas, con mas de 2,000 grabados en el texto. **Precio** 100 reales toda la obra en Madrid y 110 en provincia. Los números sueltos se venden á 2 reales en Madrid y 3 en provincia.